

Una ciudad, una familia y una deuda por saldar



## CAPÍTULO I

---

A finales de la estación seca del año de mil y seiscientos y seis, un día nublado y oscuro de principios del mes de octubre en el que el cielo parecía retener por la fuerza un agua abundante que deseaba derramarse como un diluvio, alguien golpeó la puerta de mi casa a la hora de la siesta con unos aldabonazos insolentes y fuera de toda medida. Nadie usaba esas formas groseras en Margarita, mi pueblo, la villa principal de la isla del mismo nombre en la que me había instalado apenas medio año atrás, luego de recuperar legalmente la herencia de mi tío Hernando y la de mis difuntos esposo y suegro. Para el resto del Caribe yo era Martín Nevares, mas, en Margarita, todos me conocían como la joven viuda Catalina Solís, dueña de una próspera latonería y de dos casas reformadas, la mía y otra que tenía en arriendo y que me procuraba muy buenas rentas. Mi vida era felicísima, regalada y alegre y dos mozos de buen porte y talle me hacían la corte desde el mismo día en que llegué al pueblo para reclamar mis herencias. Mi fama de mujer honesta, recogida y acaudalada obraba el resto.

Como decía, nadie hubiera osado presentarse a la hora de la siesta en una casa de bien metiendo en al-

boroto y rumor a todos los vecinos con aquellos golpes de alguacil. En toda la isla, por más del zumbido de los mosquitos, no se oía sino ladridos de perros y, de cuando en cuando, el rebuzno de un jumento, el graznido de un ave o el gruñido de un puerco. A tal punto, yo estaba dormitando en el patio bajo la sombra de mi hermosa palmera y de mis cocoteros mientras mi criada Brígida me abanicaba con una grande hoja de palma. Había tanta humedad en el aire que costaba respirar y era cosa de fuerza mayor permanecer sosegado hasta la caída del sol para precaverse de un mal váguido de cabeza que a muchos había llevado a la tumba.

Así pues, al oír los desaforados aldabonazos, abrí los ojos con presteza y vi, entre las ramas, las celosías del piso alto de mi casa.

—Ama... —Era la voz de mi criado Manuel desde la puerta del patio.

—¿Sí?

—Ama, un hombre que dice llamarse Rodrigo de Soria insiste en hablar con vuestra merced. Viene armado hasta los dientes y...

—¡Rodrigo! —exclamé, dando un brinco y echando a correr hacia la puerta del zaguán recogéndome con las manos las vueltas de la saya (a veces, echaba de menos los calzones de Martín).

¡Por el Cielo, qué grande alegría! Seis meses llevaba sin saber nada de mi familia, salvo por algunas nuevas que mercaderes desapercibidos contaban en la plaza: que el viejo Esteban Nevares, de Santa Marta, había reñido con mengano, que María Chacón había subido los precios de la mancebía, que los palenques del Magdalena seguían prosperando... No obstante, pese a mi

grandísimo júbilo, tuve que recobrar el seso a la fuerza y detuve mi carrera cuando atravesaba el comedor. ¿Mi compadre Rodrigo en la isla Margarita y, por más, preguntando por mí, Catalina Solís, de quien él nada sabía ni conocía? Para Rodrigo, marinero de la *Chacona*, yo era Martín Nevares, hijo natural de su maestro, el hidalgo Esteban Nevares, que me prohijó tras rescatarme de una isla desierta y, que yo supiera, nadie le había dicho nunca que, en verdad, yo era una mujer y, por más, viuda de un latonero margariteño a quien, de pequeño, la coza de una mula había dejado con media cabeza y ningún entendimiento. ¿Rodrigo pidiendo ver a Catalina Solís...? Algo estaba aconteciendo en Santa Marta y no debía de ser bueno, me dije inquieta.

Mi compadre, impetuoso como era, no había podido permanecer a la espera en la puerta de la calle y así, con grande estruendo de pisadas sobre el suelo terrizo de la casapuerta le vi aparecer, con el chambergo en la mano, en el comedor y, como era de esperar, demudarse y quedar tan quieto como una estatua al verme con mis ropas de mujer y hasta con la toca de viuda sobre mi discreto peinado. A mí la emoción me apremiaba el pulso, mas él parecía haber muerto y estar luchando por resucitar, si bien sólo boqueaba como un pez.

—¿Martín? —farfulló al fin con grande esfuerzo. Reconocer a su joven compadre de lances y correrías por el Caribe en aquella atildada viuda de veinte y cuatro años era un revés mayor del que su dura mollera podía soportar. Olvidando mis últimas inquietudes, su turbación y las normas que la honestidad me imponía, yo, que sentía el mayor de los contentos por volver a verle, reí y avancé presurosa hacia él para abrazarle. Se espantó. Retroce-

dió con cara de estar viendo al diablo y le vi echar mano a la espada.

—¡Rodrigo, hermano! —exclamé, conteniéndome—. ¿Qué es eso de tentar tu espada en esta casa de paz y, por más, la de tu hermano Martín, en la que siempre serás bienvenido?

No se me escapaba que Rodrigo creía estar siendo víctima de alguna hechicería o encantamiento y que, a no dudar, se daba a Satanás por perder el juicio de aquella forma y en aquel momento.

—Pero, ¿qué desatino es éste? —bramó—. ¿Quién sois vos, señora mía, que tanto os parecéis a mi hermano Martín?

—Soy Martín, Rodrigo —repuse, impaciente y poco comprensiva con su natural desconcierto—. Ni señora mía ni nada. Soy tu compadre.

Rodrigo me miraba y me volvía a mirar y, en el entretanto, resoplaba como un caballo. Soltó el chambergo sobre la mesa y se llevó las manos a la cabeza para desembarañarse los grises cabellos. Sus ojos estaban extrañados.

—Si eres, en verdad, mi hermano Martín —masculló con desprecio—, Martín Nevares, el hijo de Esteban Nevares, maestro de la *Chacona*, ¿qué haces vestido de dueña en tan manifiesta y vil locura?

—¿Acaso quien te envió no te confió la historia?

Su rostro, de piel curtida como el cuero por los muchos años en la mar, estaba hosco y oscuro. A no dudar, continuaba sumido en lo que él creía un mal sueño, mas, al poco, le vi finalmente suspirar y mirar en derredor con perplejidad y asombro, como si los muebles de mi casa y las paredes y los techos le fueran devolviendo

de a poco su cabal juicio. Yo no entendía, o no quería entender, a qué venía tanta martingala pues muchas veces había recelado, durante mis cinco años de marear en la *Chacona*, que Rodrigo conocía mi secreto. A lo que se veía, me había equivocado de largo, pues él había tenido para sí que realmente yo era un mozo mestizo de diez y seis o diez y siete años de edad.

Para ayudarle a avivar la memoria, con un gesto decidido me arranqué la toca de la cabeza y solté mis cabellos, que siempre mantenía del largo que usaba Martín por si en algún lance inesperado tenía que mudarme en él con presteza.

—¡Basta ya, Rodrigo! —ordené poniendo la voz grave que tan cabalmente conocía; y, en efecto, al oírla me miró con docilidad y su ceño se alivió—. ¡Sígueme al patio y explícame qué haces aquí, en mi casa de Margarita!

Mi compadre, el viejo y querido garitero experto en naipes y fullerías, buen mareante, hombre noble y de corazón grande, obedeció mi orden con la diligencia con la que me obedecía en el jabeque mercante de mi padre.

—Brígida —le pedí a la criada cuando entré en el patio—, dile a Manuel que vaya al pozo a por agua fresca y, luego, trae una buena jarra de aloja<sup>1</sup> y dos vasos.

—No tenemos tiempo para bebidas —gruñó el atormentado Rodrigo, sin tomar asiento en la silla que Brígida había dispuesto para él—. Debemos partir ahora mismo.

—¿Partir? —Ya me lo había barruntado yo.

Rodrigo acechó como un halcón a la criada, que en-

1. Típico refresco de los siglos XVI y XVII, hecho con agua, especias y miel.

traba en la casa por la puerta de las cocinas, y sólo cuando dejó de verse su figura empezó a darme razones:

—Si es que eres valederamente Martín —empezó a decir—, has de saber que tu padre fue apresado por los soldados del gobernador de Cartagena el día lunes que se contaban once del pasado mes de septiembre.

El mazazo fue aterrador. No pude ni abrir la boca para soltar una exclamación. ¿Mi padre preso?

—¿Qué estás diciendo? —balbucí, al borde del desmayo—. Recuerda que don Jerónimo de Zuazo y mi padre hicieron grande amistad cuando burlamos a los Curvos y ayudamos a pacificar los palenques.

—Pues ya ves cuánto dura la amistad de los poderosos —exclamó Rodrigo, tomando asiento por fin—. Los alguaciles de don Jerónimo se personaron en la casa de Santa Marta y prendieron a tu padre por crímenes de lesa majestad contra la Corona Real de España.

—¿Crímenes de lesa majestad? —No había oído en toda mi vida barbaridad mayor ni más absurda.

—Los cargos son dos y muy graves: uno, por contrabando, y otro, que es el mismo, por mercadear armas con extranjeros enemigos, los flamencos de Punta Araya. Ya conoces que estamos en guerra con Flandes.

—¡Alguien se ha ido de la lengua, Rodrigo! —vociferé furiosa—. Nuestros tratos con Moucheron<sup>2</sup> eran sabidos por todos pero a nadie se le daba nada de ellos. ¿A qué viene ahora prender a mi padre?

—Una nueva Cédula Real ordena castigar con dure-

2. Daniel de Moucheron, aventurero y corsario zelandés, activo en el Caribe durante doce años. Muerto en Punta Araya en noviembre de 1605.

za el comercio con flamencos en todo el imperio y aún más el comercio ilícito. El rey quiere ahogar la economía de las provincias rebeldes por ver si se rinden —suspiró—. ¡Más nos hubiera valido tratar con ingleses o franceses! El gobernador de Cartagena necesita cabezas para cumplir las órdenes del rey, de cuenta que tu padre prendido está y cabe esperar lo peor.

Fruncí las cejas, ignorante de lo que quería decir con esas palabras, y él me lo aclaró:

—El trato ilícito con el enemigo en tiempos de guerra acarrea, sin solución, la pena de muerte.

—¿Qué? —grité, horrorizada. Mi angustia no podía ser mayor. Comencé a llorar en silencio, sintiendo con pujanza en mi interior aquel miedo que, de pequeña, había sentido en Toledo años ha, cuando la Inquisición se había llevado a mi verdadero padre a los calabozos para dejarlo morir allí de fiebres tercianas en mil y quinientos y noventa y seis. Ahora, diez años después y al otro lado del mundo, mi segundo padre también había sido hecho preso y yo, por lo que me pasó en Toledo, estaba cierta de no volver a verle con vida, como al otro, pues, incluso si evitábamos el ajusticiamiento —y había que evitarlo como fuera—, mi padre era ya un hombre viejo, muy viejo, que sufría de graves privaciones de juicio desde que tuvo que convertirse en contrabandista para pagar sus deudas a aquel villano ruin, a aquel bellaco descomulgado llamado Melchor de Osuna, de aborrecible recuerdo. Era menester rescatar a mi padre, viajar a todo trapo hasta Cartagena para conseguir su libertad. Ni por orgullo ni por salud resistiría mucho tiempo en prisión, viéndose con cadenas en los pies y esposas en las manos.

—Pues aún no lo conoces todo —añadió mi compa-

dre, pasándose una mano por la frente en la que exhibía la marca húmeda y bermeja del chambergo.

—¿Puede haber más? —sollocé.

Rodrigo me lanzó una larga y dolorida mirada.

—Sosiégate, señora, y procura sosegar tu alteración pues no es menos pesaroso lo que aún debo contarte que lo que te he dicho hasta ahora. Ese mismo día lunes que se contaban once del mes de septiembre, el día que apresaron al maestre, el pueblo de Santa Marta fue atacado durante la noche por la urca flamenca *Hoorn* del corsario Jakob Lundch, del que habrás oído hablar.

Asentí y cerré los ojos con fuerza. Jakob Lundch llevaba más de dos años atacando nuestras costas y la sola mención de su nombre hacía que los niños lloraran de espanto. Sólo dos meses atrás el *Hoorn* había pasado cerca de Margarita mas, por fortuna, no se detuvo y siguió rumbo a Trinidad. En Mampatare, un villorrio portuario de la isla, se celebraron procesiones de agradecimiento y hubo fiestas en las poblaciones.

—En verdad, nadie sabe cómo acaeció —siguió contándome Rodrigo—. La nao flamenca debió de esconderse tras la pequeña isla del Morro hasta el anochecer y entonces entró en la bahía aprovechando la oscuridad, de cuenta que, antes de que los vecinos pudieran coger sus arcabuces, mosquetes y ballestas, los piratas los estaban apaleando y matando. Con el pueblo sojuzgado, se aplicaron en estuprar a las mujeres y en robar cuanto hallaban, hasta los cálices de las iglesias. Poco antes del alba, prendieron fuego a la villa y a las naves que había en el puerto, entre ellas la *Chacona*, y, luego, levaron anclas y zarparon. —Rodrigo se pasó las encallecidas manos por los carrillos—. Mas, como las desgracias nunca

vienen solas, debes conocer que madre, que no había tenido tiempo de consolarse del apresamiento del maestro, se encontró de súbito procurando salvar las vidas de las mancebas a las que los flamencos, tras hacer abuso de ellas, habían atado a las pesadas camas para que no pudieran huir del fuego. La casa entera, la tienda y la mancebía desaparecieron. Las llamas las consumieron aquella noche con todas las mujeres dentro.

La sangre abandonó mi cuerpo y el alma se me escapó como un pájaro que huye.

—¿Qué... pasó con madre?

—Madre se salvó —dijo, y carraspeó—, mas por poco. No sé si seguirá viva. Cuando zarpé de Santa Marta para venir a buscarte, agonizaba en el palenque de Sando, el hijo del rey Benkos, que se hizo cargo de ella en cuanto llegó al pueblo atraído por los resplandores del incendio. La encontró malherida y abandonada en el suelo. De seguro que los vecinos que lograron huir la dieron por muerta, pues de otro modo se la hubieran llevado consigo. Quemada, lo que se dice quemada, no lo está mucho, tan sólo las piernas y los brazos, mas tiene el pecho abrasado por dentro y respira mal. Allí la dejé, al cuidado de Juanillo, el grumete, que por hallarse en el palenque aquellos días pudo conservar la vida. Yo me libré porque ha tres meses que me puse en relaciones con Melchora de los Reyes, una viuda de Río de la Hacha con quien pronto contraeré nupcias, y estaba disfrutando de su compañía. Conocí lo que te refiero dos días después de que aconteciera, cuando regresé a una Santa Marta quemada y desolada, y te juro, Martín, que me volví loco. Con estas mismas manos —y las tendió frente a mí, con las palmas hacia arriba— di sepultura a muchos

vecinos que se descomponían al sol como animales abandonados. A nuestros compadres Mateo Quesada y Lucas Urbina, los enterré en el suelo sagrado de la iglesia; a Guacoa, a Jayuheibo y al joven Nicolasito, en la selva, y los tres juntos para que no estuvieran solos; a Negro Tomé, a Miguel y al pobre Antón los envolví en buenos lienzos de algodón antes de echarlos al fondo del carnero que abrí en la plaza. Trabajé como una mula, pues no había nadie para ayudarme en muchas leguas a la redonda.

Le oía y volvía a llorar, mas ahora sin sollozo alguno. Me sentía muerta por dentro.

—¿Por qué no los enterraron los cimarrones del palenque? —pregunté rabiosa, secándome los ojos con una fina holanda. Rodrigo, al ver mi femenino gesto, volvió a contemplarme como si no me conociera.

—¿Acaso ya lo has olvidado? Son africanos y conservan sus extrañas supersticiones. Sando ordenó a sus hombres que buscaran vivos y, luego, que abandonaran Santa Marta a uña de caballo por miedo a los espíritus.

A lo menos, me dije, madre había sobrevivido. Podría haber sido uno más de aquellos cuerpos abandonados al sol.

—Después de permanecer un tiempo en el palenque —continuó refiriéndome Rodrigo—, me dirigí a Santa Marta para esperar una nao que mareara hacia aquí. Muy pocas eran las que se acercaban lo bastante a la costa para divisarme y divisar lo acaecido, así que tardé algunos días en encontrar un maestro que aceptara traerme a trueco de trabajo. Fue muy duro esperar de aquella suerte, con la sola compañía de mi caballo en aquel pueblo sin almas, teniendo por amarga visión los restos quemados de la *Chacona*. De allá vine para cumplir la dili-

gencia de traerte las tristes nuevas por deseo de madre y, también por su deseo, llevarte de regreso junto a ella. Como no puede hablar mucho, me rogó que viniera sin demora a Margarita y preguntara por la viuda Catalina Solís, una dueña que me daría razón de Martín. No dijo más y te juro, compadre, que tuve para mí que te habías amancebado con la tal Catalina. Jamás imaginé que fueras tú mismo.

No tenía fuerzas para sonreír. ¿Quién hubiera podido? Mas, a tal punto, mi terrible dolor me miró directamente a los ojos y me escupió con desprecio en el alma. ¿Cómo osaba deshacerme en lágrimas en tanto mi padre languidecía en una prisión de Cartagena, madre agonizaba en el palenque y los hombres de la *Chacona* y las mozas de la mancebía se pudrían bajo tierra? Me despejé la cara con el pañuelo y miré desafiante a Rodrigo.

—Por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre<sup>3</sup> —mi voz volvía a ser la voz grave de Martín—, que voy a remediar estos desastres o dejo de llamarme como me llamo y de ser hija de quien soy.

Rodrigo abrió la boca como para preguntarme de quién era hija o hijo exactamente mas se contuvo. No le hice caso. Tiempo tendría en el tornaviaje, si así lo deseaba, de demandarme lo que le viniera en gana. Lo importante ahora era partir con presteza.

—Espérame aquí —le dije—. Debo ejecutar las últimas prevenciones y cambiar por otros mis vestidos de dueña.

La lluvia que llevaba retenida todo el día en el cielo, empezó a caer de rebato con grande fuerza y brío, como

3. Fórmula habitual de juramento en los siglos XVI y XVII.

ocurre siempre en el Caribe, pero a mí nada se me daba de tales sucesos. Sólo podía pensar en mi padre, en su avanzada edad, en sus achaques y pérdidas de seso, en su debilidad de anciano... Si no llegaba pronto a su lado, moriría de pena y de vergüenza, atormentado por el deshonor, martirizado por una humillación que un hidalgo español como él no podía tolerar. Había que llegar presto al palenque de Sando para recoger a madre y llevarla al hospital del Espíritu Santo en Cartagena y, una vez allí, rescatar a mi padre por las buenas o por las malas. Estaba dispuesta a gastar en sobornos toda mi fortuna (que era mucha gracias al tesoro pirata que encontré en la isla desierta) o a matar al gobernador Jerónimo de Zuazo con mis propias manos si no firmaba la redención y libertad de mi padre.

—¡Brígida! —grité. La criada apareció al instante en la puerta de las cocinas portando una bandeja de latón sobre la que llevaba la jarra de aloja y los vasos.

—Voy a partir y no sé cuánto tiempo estaré fuera. Te dejo al cuidado de todo. Dile a Iñigo que mantenga abierta la latonería.

Brígida asintió con la cabeza.

—Y ahora, Manuel y tú llegaos hasta el molino y comprad un celemín<sup>4</sup> de harina de maíz, que no tenemos.

—¿Ahora, señora? —se espantó, pues era el momento de más calor del día y el molino estaba al otro lado de la villa.

—Ahora, Brígida. Para cuando volváis yo ya no estaré en la casa. Guardadla bien hasta mi regreso.

En cuanto mi criada salió, subí raudamente las esca-

4. Medida de capacidad equivalente a 4,6 litros.

leras hasta mi cámara y abrí el grande baúl de la ropa blanca donde tenía escondidas, al fondo y entre finas telas, las prendas de mi otro yo, Martín Nevares. Allí las había guardado seis meses atrás, cuando llegué a Margarita para ocuparme de mis recién heredadas propiedades. Por entonces, y aún ahora, deseaba mucho más ser Catalina que Martín, ser yo misma tras tantos años fingiendo ser mi pobre hermano muerto (argucia ideada por mi padre cuando me rescató de la isla para salvarme del terrible matrimonio por poderes que me había unido con aquel baboso descabezado de Domingo Rodríguez), mas lo que no podía imaginar el día que abandoné Santa Marta era que, entretanto yo disfrutaba de mi nueva condición de viuda libre y acomodada, mi familia iba a sufrir las horribles desgracias que la mala fortuna reserva para las gentes buenas y decentes.

Me quité el corpiño, las enaguas y la saya y me puse una camisa limpia de varón, el jubón, los calzones y las botas. De otro baúl que había bajo la cama recuperé mi hermoso chambergo rojo, un tanto ajado por falta de aire, y mis armas, mi bella espada ropera forjada por mi verdadero padre allá en Toledo y la daga para la mano izquierda. Todo lo ajusté al cinto y sólo entonces me contemplé en el espejo para comprobar el resultado.

—Bien hallado, Martín Nevares —le dije a mi reflejo, el reflejo de un agraciado mozo mestizo, alto de talla, fuerte de brazos, de pelo negro y lacio, anchas cejas negras y ojos brillantes.

Conforme y satisfecha con lo que veía, me asomé a la ventana y llamé a Rodrigo.

—¡Sube, compadre! —exclamé y él, al levantar la mirada y ver de nuevo a Martín, mudó el gesto huraño

de su semblante por otro sonriente—. He menester una mula de carga.

—¡Aquí la tienes, hermano! —gritó, feliz, dando un salto en su silla y echando a correr hacia el fresco interior de la casa. En menos que canta un gallo lo tenía a mi lado.

—Cierra la puerta —le dije, en tanto me agachaba sobre una de las tablas del suelo y, con la punta de la daga, la separaba y levantaba. Luego, quité tres o cuatro más.

—¿Qué demonios haces? —preguntó.

Descansando apaciblemente sobre las gruesas vigas de madera que formaban el techo de la planta inferior, se vislumbraban en las tinieblas un par de grandes y pesados cofres de hierro.

—¿Recuerdas el tesoro pirata de mi isla?

—¡Pardiez! ¿Cómo lo iba a olvidar?

—Pues aquí tienes un tercio. Soy un hombre considerablemente acaudalado, hermano —le aclaré, ya metida en mi disfraz—, mucho más de lo que puedas suponer. Con lo que hay en estos cofres podría comprarme toda Margarita. Mucho fue lo que hallamos en la isla, sin duda, mas mi padre y yo lo acrecentamos con grande beneficio al convertirlo en doblones de oro.<sup>5</sup>

—Si esto sólo es un tercio, ¿dónde están las otras dos partes?

—A buen recaudo. Una en Santa Marta y la otra en el palenque de Sando.

—En Santa Marta no queda nada —objetó.

—Tranquilo, hermano, que no había ningún tesoro

5. Equivalía a dos escudos (escudo doble, de ahí el nombre de «doblón») y un escudo equivalía a 400 maravedíes.

al alcance de Jakob Lundch. Sólo mi padre y yo sabemos dónde lo escondimos y, según me has referido, mi padre ya no estaba en la villa cuando arribó ese flamenco malnacido. Con esto —y empecé a sacar a la viva fuerza, entre estertores de agonía, el primero de los cofres— habrá suficiente para comprar favores.

—¡Aparta! —gruñó Rodrigo, propinándome un empujón—. ¿Cómo vas tú a poder con este peso?

Tras una efímera turbación, premié sus delicadezas asestándole tal taconazo en la canilla de la pierna que se le cortó el aliento.

—¡Maldito rufián, bellaco fullero! —vociferé soltando patadas a diestra y siniestra aunque sin conseguir darle porque se apartaba—. ¿Acaso piensas, villano rastrero, que sola yo no puedo porque soy mujer? ¡Olvídate de Catalina! ¡Me llamo Martín y soy tan capaz como tú de sacar ese cofre! ¿Acaso no me veías bogar en el batel con más brío que muchos compadres?

—¡Por mi vida! —dejó escapar, espantado—. ¿Pues no habías menester una mula de carga? ¡Lleva tú el grande tesoro y que se te rompa la espalda!

Y tal cual aconteció, en efecto. A duras penas logré llegar hasta el puerto con mis cofres en una carretilla, ocultos dentro de un arcón que cubrí con nuestros fardos y cestos para el viaje. Rodrigo, guardando las manos en la espalda, caminó a mi lado sin ofrecerme ayuda. A no dudar, se la habría agradecido, y mucho, pero se recoge lo que se siembra. De todos modos, él desconocía que yo, al igual que cortaba mi pelo de dueña del largo al uso entre los mozos de Tierra Firme, también trabajaba algunos días en mi latonería como uno más de los peones, con la intención de no perder la fuerza que ha-

bía ganado en mis brazos y piernas cuando mareaba en la *Chacona*. Lo que sí era posible que ya no conservara, admití con pesar para mis adentros, era la buena maña que me daba en el arte de la espada, pues en aquellos seis meses no había podido ejercitarme con nadie. Confiaba en que Rodrigo, durante el viaje, se aviniera a practicar un poco conmigo.

—Te veo muy tranquilo, hermano —comentó mi compadre cuando nos detuvimos, por fin, frente a la rada—. A mí me costó tres días encontrar una nao mercante que navegara hacia aquí. ¿Qué harás con tu tesoro en este puerto hasta que aparezca un barco que lleve rumbo a Santa Marta y que, por más, quiera llevarnos de pasaje?

Solté las varas de la carretilla y la dejé descansar sobre la arena.

—¿Puedes ver —pregunté alzando el brazo y señalando un pequeño navío de popa llana y calado corto que fondeaba en mitad de la ensenada— aquel patache de cuarenta toneles con el casco pintado de rojo?

Rodrigo cabeceó, asintiendo, al tiempo que fijaba la vista en la nao.

—Es el *Santa Trinidad* y pertenece a Catalina Solís —le anuncié—. Aquí tengo un breve mensaje de su puño y letra en el que ordena al maestre que se ponga a la absoluta disposición de su pariente Martín Nevares.

Rodrigo se quedó de una pieza.

—¿Eres dueño de un patache de cuarenta toneles? —Parecía no poder aceptarlo.

—Esta pequeña nao —le aclaré— fue un capricho errado al que he dedicado más tiempo y dineros de los que merece. A principios de julio pasó por aquí la

Armada de Tierra Firme con destino a Cartagena para recoger la plata del Pirú. El *Santa Trinidad* era uno de los avisos de la dicha Armada. Estaba en malas condiciones tras cruzar la mar Océana y, por más, la *broma*<sup>6</sup> le había comido buena parte del casco. Pensé que, si lo mandaba reparar, siempre podría hacerme a la mar y visitar a mi familia en Santa Marta cuando fuera mi gusto. No volverá a cruzar la mar Océana, mas, como aviso que fue, es rápido y sirve adecuadamente a mis propósitos.

No se pudo reunir a todos los marineros antes de la medianoche, así que zarpamos al amanecer y, por estar la mar algo picada y soplar prósperos vientos de popa, nos fue forzoso dejarnos ir costeano sin engolfar en ninguna ocasión, tomando mucha precaución de los grandes bancos de arena que tan abundantes son en el Caribe y tan peligrosos para las naos. Por fortuna, el viejo piloto indio de nuestro patache poco tenía que envidiar al tristemente desaparecido Jayuheibo en cuanto a las cosas de marear y no le eran menester cartas ni portulanos porque conocía muy bien las aguas.

Así pues, guindamos velas y arrumbamos hacia Santa Marta y, según andaba de alterada la mar, tardamos dos semanas en llegar a nuestro destino, tiempo durante el cual di cumplida cuenta a Rodrigo de mi historia, de la que se admiró mucho, y mostró grandísimo orgullo al conocer el valor y el ingenio con que mi padre me había preservado de las desgracias que me hubieran afligido

6. Molusco (*Taredo Navalis*) que carcomía la parte de la madera del casco que estaba sumergida en el agua del mar (la llamada «obra viva»).

de haber acabado en manos de mi tío y de mi descabezado marido.

—¡Y que un hombre de tan grande corazón como el maestre esté preso y puesto de grilletes! —bramaba, revolviéndose en la cubierta como un toro en la plaza.

Mas yo sentía una grande confianza. Algo me decía que los caudales harían mucho por mi padre, que desde luego le salvarían la vida y que, en caso de no poder evitar un juicio, le procurarían los mejores licenciados para que su pena fuera insignificante. Con la mirada perdida en la mar, repasaba durante horas los asuntos que habría que poner en ejecución en cuanto atracáramos en Cartagena, uno de los cuales, y no el menos importante, sería comprar una casa en la que madre, cuando saliera del hospital, pudiera convalecer cómodamente de sus dolencias hasta que los asuntos de mi padre quedaran resueltos, pues ni ella ni yo consentiríamos en dejarle solo en manos de la mudable y oportunista justicia del rey. Por más, acaso consiguiera que don Jerónimo de Zuazo, en virtud de su amistad con mi padre, le diera cárcel decente, permitiéndole quedarse en esa casa que iba a comprar bajo la guardia y custodia de algunos soldados.

El día que se contaban veinte y uno del mes de octubre, pasadas ya tres horas de la mañana, las inmensas cumbres de la Sierra Nevada de Santa Marta aparecieron por el lado de babor del *Santa Trinidad*, que viró para entrar en la bahía dejando a un lado la islilla del Morro. Desde la nao el aspecto del pueblo era como un mal sueño: donde antes había casas ahora se extendía un manto de cenizas negras sobre el cual alguien había construido un par de frágiles bajareques y unos pocos bohíos. La re-

sidencia del gobernador seguía en pie aunque sin techos y con las blancas paredes manchadas de hollín. La ermita se había salvado, mas la iglesia era sólo un puñado de horcones quemados y el fuerte San Juan de las Matas, levantado cuatro años atrás, traía a la memoria un galeón cañoneado y hundido en aguas someras.

—Aquello es lo que resta de la *Chacona* —me dijo Rodrigo, señalando un trozo de tizón de la quilla y unas cuadernas calcinadas que sobresalían del agua. Veía tanto color negro por todas partes que el verde profundo de la selva, el blanco de las arenas y el turquesa brillante del mar dejaron de existir. Sufrí de ensueños terribles en los que veía a las gentes corriendo y gritando en mitad de la noche, las casas ardiendo con llamas que subían hasta los cielos y la sangre de mi familia y la de los vecinos haciendo charcos y grumos en la arena.

Ordené al maestro del *Santa Trinidad* que atracara y nos esperara mientras íbamos al palenque y volvíamos, y que acondicionara también su propia cámara para recibir a un herido grave. Luego, abandonamos el patache a bordo de un batel y bajamos a tierra. Uno de los pocos vecinos que había regresado y andaba por allí, Tomás Mallol, me reconoció al punto y empezó a dar voces:

—¡Amigos! ¡Eh, amigos! —gritaba agitando en el aire su chambergo—. ¡Es Martín, Martín Nevares! ¡El hijo de Esteban ha vuelto!

Las cinco o seis personas que intentaban reconstruir a duras penas sus casas y sus vidas salieron como de la nada y se congregaron en torno a mí para estrujarme, llorar en mis brazos, darme los pésames y suplicar mi ayuda, pues si éste había perdido a sus hijos, el otro se había quedado sin esposa y sin ganado, y el otro sin sus padres y sin su

taller. Se alegraron mucho al conocer que madre vivía. Todos habían regresado recientemente a Santa Marta, tras permanecer escondidos en la selva, con los indios, recuperándose de su miedo y de sus heridas.

De súbito, junto a uno de los nuevos bajareques, asido a un garrancho por las riendas, vi a *Alfana*, el corcel zaino de mi padre, olisqueando la porquería del suelo con los ollares.

—¡*Alfana!* —le llamé. Enderezó la cerviz y sus orejas se volvieron hacia mí. Al reconocerme, soltó un breve relincho y tascó el bocado, tirando de las bridas con toda su fuerza.

—Se escapó durante el asalto —me explicó el vecino Juan de Oñate—. Regresó ayer como si supiera que ibas a venir hoy. Tiene heridas en la cresta y en la grupa, pero ya se le están curando.

Pasé un brazo sobre las crines de *Alfana* y le acaricié la frente.

—¿Dónde están los otros animales de la casa? —pregunté. Madre era muy aficionada a recoger todo tipo de bestezuelas para agregarlas a la familia.

—¡A saber! —se lamentó Rodrigo.

—¿Deseas acompañarme a buscar a madre al palenque de Sando? —le dije al corcel sujetando frente a mi boca una de sus puntiagudas orejas. *Alfana* piafó con fuerza y rapidez, como un potro joven.

Solté las bridas de la rama y, tirando de ellas, caminé en dirección a las gentes.

—Hacednos la merced, vecinos, de prestarnos otro caballo. Tenemos que ir a buscar a madre.

Abandonamos Santa Marta por el camino de los huer-tos y cruzamos a media tarde el río Manzanares. Pronto la

oscuridad nos rodearía. *Alfana* no hizo ni un extraño pese a que, por correr a rienda suelta, la silla le rozaba la herida de la grupa (que yo le había limpiado y cubierto adecuadamente con hilas y ungüento de romero). El otro caballo, el que montaba Rodrigo, sí que se encabritó un tanto cuando prendimos las hachas de alquitrán, pues aún recordaba el fuego del asalto pirata. El alba nos pilló frente a las puertas del palenque. Los vigías nocturnos vieron nuestras luces y, entretanto nosotros desmontábamos, nos pidieron la gracia y, al saber quiénes éramos, empezaron a anunciar nuestra llegada a grandes voces. Antes de que la empalizada se nos acabara de franquear, vi al otro lado los rostros risueños de Juanillo, el grumete, y de Sando, el hijo del rey Benkos, que sonreía, sí, mas con esfuerzo, con fingimiento. Solté a *Alfana* y avancé peligrosamente hacia él.

—¡Dame buenas nuevas, hermano —exclamé mientras le sujetaba por los hombros y le sacudía a una y otra parte—, o te juro que me vuelvo loco!

—¡Eh, compadre! —se quejó—. ¡Suéltame! ¡La señora María está bien! ¿Qué miedo tienes? ¡Suéltame!

Hice como me pedía, mas sin creer en sus palabras. Juanillo, tan alto ya como Rodrigo, se puso a su costado para contemplar el suceso, divertido.

—¿Madre no ha muerto...? Pues, ¿por qué pusiste esa triste sonrisa al verme?

Sando me asió por el brazo, tras hacer un cortés saludo a Rodrigo, y sonriendo, ahora sí valederamente, me arrastró hacia el interior del palenque.

—¡Tengo muy mal despertar, hermano Martín! ¿Qué cara quieres que tenga si, por más, son los gritos del cuerpo de guarda los que me sacan de la cama?